

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales.
Por tres id.	16
Por seis id.	32
Por un año.	60

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion. . .	24 reales
Por comisionado.	26

ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS.

ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincias, cuyo abono termina en octubre, se servirán renovarlo oportunamente si no quieren experimentar retraso. La administracion tiene que dar de baja al que no haya renovado la suscripcion para el primer reparto del mes próximo.

Como suelen estraviarse muchas cartas con sellos, creemos que el medio mas seguro es una libranza sobre el giro mútuo ó sobre cualquiera casa de comercio de esta corte.

LA CUESTION PALPITANTE.

Dejemos á los periódicos graves la tarea de las grandes cuestiones. GIL BLAS se propone hoy solamente distraer al público.

El cielo se lo recompensará y una sonrisa de sus lectores.

La cosa está en punto de caramelo.

GIL BLAS necesita hacer un esfuerzo supremo para llevar la alegría al hogar doméstico y decir á esta pobre humanidad:

—Señora, ánimo, que tras de estos tiempos vendrán otros peores.

Cuentan que los marinos ingleses se echan á bailar el día de borrasca.

—¿Por qué baila Vd., *inglich*? le pregunté yo á uno cierto día en alta mar.

—Hombre, me contestó, por que como hoy hay borrasca esperamos el buen tiempo que tiene que venir precisamente mañana ó pasado.

—¿Y está Vd. seguro de que vendrá, *inglich*?

—Segurísimo. ¿Ha visto Vd. que detrás de un invierno venga otro invierno, ni aun en España, donde suelen venir las cosas fuera de regla?

—Creo que no.

—Pues ajuste Vd. cuentas.

La lógica del *inglich* me dejó patidifuso.

Pongámonos todos, amados oyentes míos, en el caso del marino *inglich*.

Bailemos.

Y bailemos hasta sudar, porque hoy parece que el sudor está á la orden del día, mientras llega el hermoso frío que trae las amadas pulmonías.

¡Oh vientecillo Norte, yo te saludo con el sombrero en la mano!

Quisiera tener la sal de Rada y Delgado para improvisarte unos versos muy cucos.

Unos versitos por este estilo:

«Norte, Norte, yo te sigo,
por tí miro á la veleta,
si no te vienes conmigo
voy á coger la espada y la muleta.»

A propósito: como todo el mundo mira á los campanarios con objeto de ver si cambia la veleta y anuncia el viento Norte, el sacristan de mi parroquia ha tenido un pensamiento sublime, sencillito como un cuento de Trueba y poético como una ária de Camprodon.

El sacristan de mi parroquia ha hecho el siguiente monólogo.

Sacristan.—¿Qué diablos será esto? Todo el mundo mira la veleta, todos quieren que señale al Norte. Dicen que con esto se va el cólera y se alegrarán mis vecinos; pues mañana voy yo á darles un gustazo de tomo y lomo.

Concluido este monólogo, sube al campanario con una cuerda y ata fuertemente la veleta señalando viento Norte.

Al siguiente día bailaban de gozo los feligreses.

—¡Norte, Norte! decían.

Lo mismo que gritaba Colon cuando descubrió la América:

—¡Tierra, tierra!

Veán Vds. qué fáciles son las alegrías de este mundo.

El que no se contenta es por que no le sale de adentro.

Acabo de recibir una carta de mi peluquero que se fué á Loja huyendo del cólera.

Antes de salir de Madrid dijo:

—¡Adios, Madrid, que te quedas sin tenazas!

Mi peluquero me pregunta si puede volver ya.

La cuestion es árdua.

¿Qué quieren Vds. que le conteste?

El pobre hombre me dice que en Loja hay síntomas.

En Madrid, ya saben Vds. lo que hay.

Mi peluquero no tiene mas que elegir entre dos males.

... ¿Qué haya en Loja
un peluquero mas, qué importa al mundo?

Con permiso de Vds. le contestaré á mi peluquero lo siguiente:

«Muy señor de mi cabeza: No veo un grave inconveniente en que Vd. se vuelva á Madrid; pero como por ahora hemos suprimido casi todos los teatros, bailes y reuniones de gran tono, opino porque aquí va usted á tocar el violon. Creo que en Loja estará Vd. mejor. Busque Vd. por ahí alguna cabeza que necesite de sus servicios, y apriete Vd. fuerte, que acá nos alegraremos. Suyo hasta los hombros, GIL BLAS.»

Una vez despachado este asunto, volvamos á la cuestion palpitante.

Se teme que dentro de algunos dias nos den algunos banqueros la gran desazon del siglo.

¿Si habrá llegado ya la hora de esclamar:

Señor, que de las alturas
de tu omnipotencia ves
á estas pobres criaturas
que no tienen un calé...?

Hagamos punto.

O mas bien, volvamos al principio de este artículo, que es el verdadero punto de partida, repitiendo:

La cosa está en punto de caramelo.

Luis Rivera.

REVISTA EPIDEMICA.

Madrid ha muerto.

No se cansen Vds., que la cosa no lleva malicia.

Esto es hecho, mejor dicho, está deshecho.

Aquí no sucede nada de bueno. Desde el revolver de Mollinedo hasta los artículos de *La España*, todo tiende á hacer daño.

Un inmenso sudario cubre á la corte, dicen los poetas á jornal.

La gente se muere como quien no hace nada; digo yo ahora.

¡Qué série de lamentables equivocaciones! ¡Qué sarta de horrores! ¡Qué cadena de crímenes! Apartemos la vista con horror y el estómago con asco.

En primer lugar, los toros que debían ser lidiados en la plaza de Madrid para que el público fuera á verlos y el dinero de la entrada sirviera para socorrer á los coléricos, se escapan, se salen de sus casillas, y diciendo por señas aquello de

Antes morir que consentir tiranos,
emprenden la carrera como si hubieran visto á Don Leopoldo, y se van por esos mundos de Dios á poner cuernos en pared, como si tuvieran serios motivos para amoscarse.

Uno de ellos se fué al Campo de Guardias, habló y dijo *má*; y un guardia veterano, creyendo que el animalito iba á decir *muera*, lo cogió por el rabo, se lo metió en el bolsillo, y lo llevó á la prevencion por orden del gobierno. Primera catástrofe de esta semana *non santa*.

Un ciudadano que quiso curar á un primo suyo, tomó equivocadamente un frasco de ácido nítrico que habia en la casa para hacer fumigaciones, é hizo tragar al primo el contenido, con lo cual el primo falleció perfectamente fumigado.

Segunda catástrofe de la semana.

En la calle de la Colegiata aparece un cuervo en un tejado: una mujer se lo cuenta á su marido, y le dice que hay que acabar con los *cuervos*, porque ellos son los que traen el cólera por los cabellos. El marido creyendo que los *cuervos* son los sacristanes, sale de casa hecho una fiera, y arremete con el primero

que encuentra al paso. El presbítero cae sobre una cesta de huevos que una mujer tenía puesta en la acera; se arma una tortilla de *mosen* que llama á cualquiera de tú; grita la mujer, ladra un perro, se alarman los vecinos, y del disgusto les dá el cólera á todos. Total: veintitres defunciones en diez minutos.

Tercera catástrofe.

¿Y qué me cuentan Vds. de los pájaros?

Todos los de *cuenta* se han salvado; los demás han muerto; solamente han quedado vivos los que tiene en la cabeza el director de Loterías.

Los cementerios están llenos de bote en bote: en la puerta de entrada de todos ellos se va á colocar un cartel con estas palabras: *No hay billetes*.

La paz y caridad no le vale á nadie.

A todo el que se muere, lo entierran.

Esto sucede, especialmente, desde que la Academia de medicina discute sobre los medios de combatir el cólera.

Estamos sobre un volcan; la humanidad está echando chispas.

Parece mentira que en una poblacion tan grande se muera la gente de una manera tan pequeña.

Y no hay que dudarle: el que se muere está en su derecho, y no hay medio de convencerle de que viva.

Dice un hombre: «pues señor, dentro de dos horas reviento;» y revienta como lo dice.

Viene la ciencia á hacerle vivir y no lo logra.

Un médico le dice: con este medicamento que te voy á dar, vas á vivir, lo sé de seguro, la ciencia no se engaña. ¡Trágala, perro!

Y el enfermo lo traga, pero no vive.

Llega otro médico y dice: con este otro antídoto te voy á convencer de que puedo mas que tú, te voy á dar vida, porque esto es lo infalible.

Y el hombre se muere.

Viene otro y exclama: Tienes que vivir, porque yo traigo el elixir de vida; vivirás mal que te pese, aunque tengas el cólera, y aunque te empeñes en liar el petate. Toma este bálsamo y á vivir.

El enfermo dice que nones, y se marcha en brazos del cólera.

¡Pobre ciencia! ¡pobre humanidad! ¡pobre del que se muere!

Cada individuo es un *caso* no previsto.

Y hay *casos* en que el hombre mas fuerte dá de bruces.

Madrid está pasando una temporada de prueba.

Todos los hombres de bien se mueren; y hacetiempo que se decía que quedaban pocos, luego... saque usted la consecuencia.

De aquí á poco tiempo, España habrá cambiado de hijos y de padres.

Aquel será un gran día.

Eusebio Blasco.

Nuestro número de hoy ha tenido un tropiezo en la fiscalía de imprenta, á consecuencia del cual nos hemos visto obligados á suprimir dos párrafos.

LA ERUPCION.

(SONETO.)

Hierve la sangre en las hinchadas venas,
fuego brotar parece las megillas,
se doblan hácia el suelo las rodillas,
y el hombre mas audaz respira apenas.

Rompiera, á hallarse preso sus cadenas,
y de valor hiciera maravillas;
pero siente en el cuerpo unas cosquillas
que vértigo le dan, y angustia y penas.

Arroja espuma su entreabierto boca,
retuércese en las sienes el cabello,
todo le hiela y todo le sofoca:
su bronco respirar es ya resuello...

mas llega la erupcion, y solo toca
un grano en la nariz y otro en el cuello.

M. del Palacio

EL VIAJE AL REDEDOR DEL HUESPED.

I.

Don Maximino se llamaba.

Habia sido empleado en el resguardo, sargento de la benemérita, sócio fundador de la sociedad literaria y suscriptor á las novelas de Ayguals de Izco.

Cuando nació el príncipe de Asturias se permitió el escaso de comer postre, y la noche de San Daniel le atizaron dos palos.

¡Si será liberal! Este señor Don Maximino, pues, fué el que salió hace ocho días de la corte con el loable objeto de hacer por esos mundos de Dios una que fuera sonada. ¡Oh! Don Maximino es un pez muy gordo! Ya verán Vds., ya verán Vds.

Pues señor, cate Vd. á mi hombre

metido en un lio

en un wagon de primera

como ha dicho un autor dramático muy malo y muy amigo mio.

Lo primero que vió al entrar en el wagon, fué un bulto que parecia un hombre, y que en efecto lo era.

¡Pero qué hombre!

Mas feo que D. Gabino, y mas repulsivo que Nocedal. Con unos ojos como los del puente de Toledo y con una boca como la *boca del asno*. ¡Valiente tío! dijo para sí D. Maximino, y empezó á limpiarse las uñas con un trozo de *La Correspondencia*.

El tío aquel le miraba como diciéndole: «de buena gana te pegaría un bocado en la nuez, que te dejaría temblando;» y nuestro héroe le miraba á él como diciendo: «parece Vd. un saco de ropa sucia.» El tren comenzó á andar con mas velocidad que Carulla, y como los dos viajeros iban solos, debieron decir para sus adentros: esto se vá haciendo pesado. Y D. Maximino rompió el silencio: ¡él, que no habia roto un plato en su vida!

II.

—¿Sabe Vd., dijo, que podíamos cerrar las ventanillas? ¡Hace un fresquito, que ya, ya!

—¡Bueno! respondió el otro, sacando una mano mas fea que la mano del almirez. Ya está Vd. servido.

Y cerró una ventanilla.

Muchas gracias, exclamó D. Maximino cerrando la otra. Ea, ya estamos encerrados como...

—¡Como los toros! dijo el feo.

D. Maximino, sin saber por qué, se acordó de su mujer y sintió calambres.

Para distraerse comenzó á hablar de nuevo.

—¿Y qué hay de cólera, hombre, qué hay de cólera?

—Nada, respondió el viajero dando un resoplido; comienza á retraerse.

—Me alegro tanto de su retraimiento, como me duelo del de los progresistas.

—¡Hola, hola! ¿es Vd. politiquero?

—*Político*, caballero, *político*.

—¡Psth! ¡me es igual!

—A mí no, exclamó D. Maximino, poniéndose mas grave que el caballo de la plaza de Oriente.

Y luego dijo á su compañero:

—¿Vá Vd. á Granada?

—Yo voy á donde Vd. vaya, respondió el desconocido mirando á D. Maximino fijamente.

Este se puso de pie con los pelos de punta, y se dió un coscorron contra el farol.

—Señor mio... balbuceó, buscando en el bolsillo un cortaplumas.

El viajero repitió sonriendo de un modo extraño:

—¡Yo voy á donde Vd. vaya!

Y dió otro resoplido tan grande, que D. Maximino cayó sobre el asiento, como si lo hubieran soplado con un fuelle.

El viajero volvió á sonreír, metió la cabeza entre los forros de la capa, y fingió que dormía.

III.

¡Pobre D. Maximino! Por la primera vez de su vida tuvo verdadero miedo. Hasta aquel día, nunca que se habia hallado en peligro habia sentido otra cosa que un *canguelo* mas ó menos pronunciado.

¿Quién será este hombre? se decía.

¿Será algun progresista que me tiene ganas?

¿Será algun demócrata que quiera evitar que yo haga alguna bestialidad de las que suelo?

¿Será algun espía?

¿Quién será? ¿Dios mio, quién será?

Y se durmió tarareando aquello de

¿Quién será?

¿Quién será el feliz mortal...

IV.

Al cabo de algun tiempo el tren se detuvo y Don Maximino se despertó.

—Vamos, dijo mirando á su reloj, me voy corrigiendo en mis malas costumbres: no he dormido mas que diez y seis horas.

Después miró á su alrededor y vió al viajero con los ojos cerrados y dando veintisiete resoplidos por segundo.

—¡Valor! dijo D. Maximino.

Se puso el cortaplumas entre los dientes, se quitó las botinas, y se acercó al viajero con el alma en una sogá.

Iba á registrarle.

Lo hizo con tan buena fortuna, que pudo enterarse de todo cuanto aquel extraño personaje llevaba en los bolsillos.

Llevaba todos los bolsillos llenos de listas.

No crea el lector que quiero decir con esto que los bolsillos del viajero eran listados. Nada de eso.

Las listas del desconocido eran ni mas ni menos que colecciones de nombres y apellidos, escritos en papeles... de traidor, con tinta... antipática.

—¡Ya, ya, ya! exclamó D. Maximino dándose una palmada en el cogote. Vamos, vamos, vamos! ahora lo entiendo. Este hombre es otro encargado como yo de hacer propaganda! Sí, sí, este es algun neo que viene á trabajar en mis propias circunscripciones.

Dicho esto, D. Maximino reflexionó un momento, y... aprendan los que se dejan llevar de la pasión política... aprendan y vean á cuán funestos resultados puede conducir el haber sido empleado en el resguardo.

D. Maximino, por amor á la patria tuvo una inspiración, tuvo un *momento*. Todos los grandes hombres tienen momentos.

Se le ocurrió matar al viajero.

¡Pues qué! decía *sotto voce* (y se le ponía la nariz como un zapato de cura), ¿no tengo yo un arma?

Y acariciaba el cortaplumas con ciego frenesí.

Si me quito de delante á este cinocéfalo y lo despachurro mientras la locomotora toma agua y me apodero de los papeles de este hombre, y luego lo echo por una ventanilla para que se lo coma un perro, ¿no puedo hacer grandes servicios al país y á la causa de la libertad bien entendida?

Veamos: añadió limpiándose las narices con la manga.

Y volvió á leer las listas que el viajero llevaba en los bolsillos.

Allí habia nombres conocidos de D. Maximino; algunos estaban señalados con una raya encarnada, y los demas no tenían señal ninguna.

—¡Calle, dijo D. Maximino: ha tenido la misma idea que yo! ha puesto en lista á los muertos... ¿Habrá tunante?

Pero faltaba lo mas grande.

¿Cuál no seria el asombro de D. Maximino al ver su nombre en la lista?

—¡Tambien á mí me quieres seducir, rinoceronte! dijo con acento de ira.

Y decidido á cualquier cosa alzó el cortaplumas, murmuró un terno, y ¡zás! clavó el arma homicida en el pecho de aquel hombre misterioso.

Pero no brotó ni una gota de sangre, ni se oyó un quejido.

El viajero, sin abrir los ojos siquiera, sonrió como siempre, y dijo:

—D. Maximino, es Vd. un zopenco.

D. Maximino, despavorido, atónito, *espantado*, abrió la portezuela y saltó al andén sin acordarse de ponerse las botas.

En aquel momento partía el tren volando, á toda máquina.

V.

D. Maximino es feliz, porque ha vencido á su compañero de viaje. El tren debe estar ya á diez ó doce leguas...

Una sola cosa le dá cuidado á D. Maximino, y es que al acostarse ha oído decir en la calle: ¡la peste está en el pueblo!

Pero ¡bah! ¿cómo le ha de atacar la peste á un D. Maximino?

¡La peste! ¡la peste! murmura D. Maximino mudándose los calzoncillos. ¿Qué se les figurará á esta

MUESTRA DE LOS GRABADOS DEL ALMANAQUE DE GIL BLAS.



La Luna jugándose los cuartos al monte.
Esta idea es la que domina en las altas esferas.



El baile de trages.

—Pero, vecino, ¿se atreve Vd. a presentarse así?
—Hombre, yo vengo en traje de Adán; no lo hay mas antiguo ni mas histórico.



—¿Quién me envía esto?
—Fausto. ¡Ay, señorita, no tengamos aquí otra como en la ópera!
—No temas. ¡Si Margarita hubiera hecho lo que yo!...
—¿Pues qué va Vd. a hacer?
—Me guardaré estas alhajas, y a Fausto le daré con la puerta en los hocicos. Verás como no me sucede nada.



Testamento del año.

1865.—Aquí te dejo esas frioleras.
1866.—¿Y el dinero?
1865.—Hasta que hagan la cesion los obispos no hay un cuarto.
1866.—En este caso moriré tan pobre como tú. ¡Bonito porvenir, compañero!

CONTRASTES DE LA EDAD.



La niña á los 14 años,



La niña á los 14 años y un día.

gente que es la peste? Como no lo digan por mí... no sé á quién pueden haber visto!

VI.

Cuando D. Maximino va á meterse en la cama, siente que le tocan en el hombro.

Se vuelve... ¡¡horror!! ¡el viajero!

¡Sí! el mismo viajero que debia estar á doce leguas.

Sonriente, horripilante, amenazador, principia á cachetes con D. Maximino.

—¡Socorro! grita este, ¡socorro!

El viajero continúa la cachetina.

—¡Socorrooooo! grita otra vez D. Maximino.

El alcalde entra con un candil de dos mecheros, la alcaldesa, la criada... todo el mundo; hasta los gatos suben y preguntan por señas.

—¡Este hombre... me mata! grita la víctima.

Los concurrentes no ven á nadie. El viajero continúa atacando; D. Maximino echa por la boca todo lo que ha comido en treinta y cinco años...

Y por último, se muere.

Entonces el viajero, á quien nadie le ve ni le huele, saca sus listas del bolsillo y pone una rayita encarnada al nombre de D. Maximino.

¡Era el cólera!

VII.

Los que hayan leído esta historia, escarmienten.

El cólera está jugando con dos barajas, engañando al gobierno y á los ciudadanos.

Hagamos votos porque se vaya con viento fresco.

Eusebio Blasco.

CABOS SUELTOS.

Segun *La Correspondencia*, el día 24 volvieron á reunirse los médicos del hospital para seguir discutiendo la terapéutica del cólera.

Y segun el mismo periódico «los discursos que se pronunciaron fueron brillantes.»

Eso es; los discursos podrán ser muy brillantes, pero los madrileños se mueren como quien no quiere la cosa.

En adelante, cuando un madrileño se sienta atacado por el cólera se volverá hácia el médico que le asista y le dirá:

—¡Hágame Vd. el favor de echarme un discursito brillante á ver si reviento!

Se habla de Selgas para ocupar un puesto en la Academia.

Pues señor, voy creyendo que la Academia y el circo del Príncipe Alfonso, todo viene á ser lo mismo.

Asegura un periódico que va á reunirse en Burdeos un Congreso de gastrónomos con el objeto de discutir los progresos del arte culinario.

¡Ay! ¡la ciencia está en un tris!
allí los mas avanzados
serán nuestros moderados
que se han comido el país.

La duquesa de la Victoria ha dado mil reales para los pobres coléricos.

¡Ay duquesa, duquesa, duquesa!
no sabes el susto
que me haces pasar!

La Correspondencia tranquiliza al pueblo de Madrid de una manera *confortable*.

Dice: «No hay cuidado, señores; el cólera ha desaparecido por completo de la calle de Hortaleza. Ahora donde pica bastante es en la parroquia de San Sebastian.»

¡Siempre es un consuelo para los que vivimos en la calle de las Huertas!

Su Santidad ha concedido á los curas de Zamora el uso de alzacuello y medias moradas.
Me parece bien.

Luis Napoleon ha visitado el hospital de coléricos de París.

El pueblo le esperaba á la puerta para decirle:

... »Aquí hay un Don Luis
que vale lo menos dos.»

Un autor ha presentado, como quien no presenta nada, una zarzuela al teatro de Jovellanos, diciendo que si se le admite, cede sus derechos en favor de los coléricos.

Supongamos que se le admite.

Para cuando la obra esté en disposicion de representarse, habrá pasado un mes.

Como es natural, ya no habrá cólera.

Y si hay cólera, no habrá quien la escuche.

De modo que el remedio es como la enfermedad.

Garibaldi, despues de ganar un reino, ha tenido que vender su caballo para pagar una deuda.

¡Vé Vd. qué pícaro!

Un revistero de Madrid que envia sus revistas al *Diario de Barcelona*, dice con esa originalidad graciosa que tira á un hombre de espaldas, que si los muertos del cólera volvieren á sus casas, les debiamos dar con la puerta en los hocicos.

—Hombre, cuántos desaciertos

causa el afán de escribir:

si muertos, ¿qué han de venir?

y si vienen ¡no están muertos!

Cuentan los periódicos, que en una tienda de ataúdes de la Concepcion Gerónima, se lee este letrero:

¡Aprovechad la ocasion!

Se lo recomiendo á la Academia Española.

Los higos, en Cataluña, están malitos.
Y su enfermedad es tal, que mueren los pájaros que los pican.

¿Qué diablos llevarán los higos en sus entrañas?

Cuando venga el carnaval, nadie podrá decir:

—¡Al higuí, al higuí!

¿Si estaremos condenados á no probar este año mas fruta que la manzana de la discordia?

Dice *La Reforma*:

«Buenas, lindas caricaturas, y aun mas lindos artículos cuentan que se ven en el *Almanaque de Gil Blas*; eso dicen, pero yo no lo creo, porque hasta ahora no lo han enviado á la redaccion de *La Reforma*, donde se recibe todo lo que es de gusto en materia de publicaciones.»

—Caro colega, daca los cinco, que voy á sacarte de penas.

¿Habiamos de reñir por tan poco?

Los diarios que cambian con GIL BLAS recibirán un Almanaque, y espera en cambio un anuncio ó cosa así.

—¿Acomoda?

—Sí.

—Pues choca otra vez, y sigamos amigos hasta que nos rompamos la crisma.

Antes de presentarse al público la señora States, tiple del teatro Real, sufrió una caída.

Apesar de esto, dice un periódico, cantó el jueves.

¡Ya! Como que no canta con los pies.

Hemos oido decir á mucha gente que el cólera es un castigo que Dios envia.

¡Valiente consuelo para los que traten de evitarlo huyendo de Madrid!

(Imitacion de Pastor Diaz.)

Luna, entre nubes con temor velada,
colgando en el zenit,
tú no verás la poblacion diezmada,
¡pero nosotros sí!

El cólera y el gobierno
los dos á las urnas llaman;
este á las electorales,
y aquel á las funerarias.

Un actor del Circo decia dias atrás quejándose de su suerte.

—Tan desesperado estoy, que envidio hasta á los empleados del gobierno.

—¿Y por qué?

—Porque á estos los separan por haber huido de Madrid, y á mí me han dejado cesante por quedarme.

Ha aparecido en París el nuevo libro de Víctor Hugo, titulado *Las canciones de las calles y de los bosques*. Es de un género completamente distinto de las *Odas y baladas*, y de entre sus composiciones tomamos la siguiente, acomodada, por supuesto, á la escena española:

«La lira ha descendido á ser guitarra;
Minos se ha trasformado en alguacil;
se tornó *crinoline* la hoja de parra,
y el centurion de ayer es un civil.

Reviven las antiguas tradiciones,
y otra edad de oro apareciendo vá;
no se escuchan de Homero las canciones,
mas canta Selgas, y lo mismo dá.

Gloria y amor marchando á nuestro flanco
nos llevan entre sueños de placer;
amor, hácia las bóvedas del Banco,
gloria, hácia la esperanza de comer.»

El censor de teatros ha prohibido el drama del señor García Gutierrez, titulado *Juan Lorenzo*.

Entre creer que el Sr. García Gutierrez ha dicho alguna tontería ó que el Sr. Serra la ha hecho, nos inclinamos á lo segundo.

Hablando anoche sobre este asunto, decia un amigo nuestro á otro:

—¿Qué crees tú que será ese drama de *Juan Lorenzo*?

—Hombre, no lo sé; pero á mi juicio mas que drama me parece por el título una tarjeta.

BOLETIN COMERCIAL DE LA SEMANA.

Bolsa de Madrid.

Títulos del tres por ciento. En baja.

Duda digerida. Indigestion segura.

Con sol y dado. Ni aun así.

Acciones del *emplastito* Mirés. Ninguna buena.

Obligaciones del *Establo*. Mucha paja.

Idem id. en *carpantus* provisionales. Al contado.

Participes *legos*. Los que no participan.

Inscripciones en el *gran libro*. Varios epitafios.

Camino de hierro del *Sudagste*. Léase bolsillo.

Cambios *españoles*. No faltan.

Daño al papel. Todo el que se puede.

ALMANAQUE CÓMICO-POLÍTICO

DE GIL BLAS PARA 1866.

Un volumen de 64 páginas en 4.º á dos columnas, con una magnífica cubierta.

Contiene:

Juicio del año, por Manuel del Palacio.

Los cesantes de la corona, por Luis Rivera.

El camelo de la vita (ópera seria), por Eusebio Blasco.

El sueño de Novaliches, por Luis Rivera.

Memorias de un perro, por X...

Canto polaco, por Luis Rivera.

Madrid en la mano, por Manuel del Palacio.

Los cafés de Madrid, por Eusebio Blasco.

Exámen, por el mismo individuo.

El casero del siglo XIX, por Luis Rivera.

Fragments por Eusebio Blasco.

Os vi rabiár, por Manuel del Palacio.

Fábula, por Roberto Robert.

De golpe y porrazo, por X...

Zodiaco ministerial, por Roberto Robert.

La corona, por Luis Rivera.

De una comedia inédita, por Eusebio Blasco.

Molicié, por Luis Rivera.

Contiene además *cuarenta y ocho dibujos*, por *Becquer*, *Perea* (Daniel), y *Ortego*; y grabados por *Bernardo Rico*.

Está lleno de anécdotas, poesías, cuentos, chistes, historias, fábulas, sentencias, máximas y otros escesos. Se vende en la administracion del periódico, Huertas 10, principal, y en las principales librerías.

Precio en Madrid, CUATRO REALES. En provincias, CINCO.

Por todo lo no firmado,
EUSEBIO BLASCO.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.
MADRID.—1865.